

“Antología Poética Para Estudiantes”

Por EDMUNDO CONCHA

Antes sobre los agujeros que anuncian el deceso de la poesía, espolida por intereses hoy más perniciosos, o por la publicitada antipoesía, ella en verdad no morirá antes que expire el último habitante de la Tierra. Es consustancial a la naturaleza humana y nunca faltarán seres privilegiados que sepan trasladar su gracia y su misterio a la palabra impresa.

Si bien hoy se vive un tiempo tan denso de problemas materiales, al punto de mañanarar a diario la elevación de ánimo que requiere la recepción de la poesía, ello justamente mejor justifica la necesidad suya a modo de antídoto. No en vano sus dones surgen ser, a más de catárticos, mágicos.

La poesía, esa maestra de trascender la realidad cotidiana hasta darle a veces una trascendencia metafísica, por encima del tiempo y del espacio, es necesaria en todas las edades, pero acaso se la siente con mayor intensidad en la juventud, cuando los cinco sentidos trabajan a todo velamen. Por algo los pueblos, en relación con los géneros literarios, cultivan la poesía en el alba de su formación, la novela en la etapa de la madurez, y la historia a la hora fatigada del crepúsculo.

Bienvenida entonces a nuestro medio —tan joven en sí, pese a sus entusiastas arreos de fatalismo— la “Antología Poética para Estudiantes”, con muestras españolas e hispanoamericanas remidas profesionalmente por Pedro Lastra y Juan Cañaria, y publicada por la Editorial Universitaria.

Esta antología, cuyas primeras páginas se remontan a la época del romancero, supone todo un viaje por los caminos de la poesía española, con detenciones en sus principales estaciones. Están las “Copias a la Muerte de su Padre”, de Jorge Manrique, de sempiterna actualidad, pasando por los momentos estelares de cada uno de los clásicos de nuestra lengua —San Juan de la Cruz, con su residencia en el cielo; Luis de Góngora, de barroca fluencia verbal; Francisco de Quevedo, el irónico concepcionista etc.— hasta llegar a sus poetas mayores de este siglo, tales como Juan Ramón Jiménez, depurado e íntimo lírico; Antonio Machado con su inspiración mediatisada por el tiempo y la distancia; Federico García Lorca y su Andalucía reflejada en coloridas y danzantes metáforas; Miguel Hernández, el campesino con voz universal; y otros de semejante jerarquía.

La poesía hispanoamericana, tan matizada como el paisaje geográfico que le sirve de marco, va desde las sonoras orquestaciones de Rubén Darío hasta la voz recogida de Jorge Luis Borges, cuyo “Poema de los Dones” puede dejar pensando en profundidad al más frívolo de los lectores.

De los 21 poetas chilenos incluidos, el mayor —en edad— es Diego Dublé Urrutia, con sus poemas taxativamente formales, y el más joven es Oscar Hahn, con su solo soneto, “Gladiador Junto al Mar”, que más bien parece una maravilla junto al mar.

Carlos Pérez Véliz, la melancólica pínsula sin criba al verso, aparece con sus dos mejores aciertos, “Nada”, de sarcástico contenido social, y “Tarde en el Hospital”, con más luz que un amanecer.

De Manuel Magallanes Moure se publica ese romántico “Apaisamiento”, de fácil memorización, tal vez porque su fondo amoroso está expuesto con la justa simplicidad.

Pedro Prado, uno de los poetas más complejos, por su esmerada artesanía y por el eco filosófico de su palabra, figura con tres muestras, ninguna de las cuales es “Las Dunas”, uno de los sonetos mejor construidos en Chile y habilitado por una voz tan acendradamente humana.

De Gabriela Mistral, la poetisa mayor, se estregan varios frutos, cada uno de los cuales es una demostración de su capacidad cordillerana, especialmente “Los Socotros de la Muerto”, que lleva al lector por cumbres y por abismos inigualados.

De Vicente Huidobro se insertan esa declaración de principios, escrita en versos, que es su “Arte Poético”, y fragmentos

668.952 El MILENIO. 13-W-1975. P. 5

de su cimera “Alfaros”, donde brilla esta perla: “¡Gracias a ser elegido que Dicte lo dico esas maestras!”

Pablo de Rokha, el maduro esfinge terrible que todo lo media con exageración, hasta poblar su mundo de esperpentos, contribuye con un retazo de “Círculos”, cuyas estrofas provocan menos la emoción que la impresión.

Juan Guzmán Crucaga se hace presente con “Canción”, esa página ya clásica que en tan pocas líneas lo dice todo, y algo más.

La naturaleza vegetal del país está a cargo de Juvenicio Valle, poeta botánico, buen administrador del agua del bosque, del río, según se comprueba en su poesía suya transcrita.

“Esquina con Flores” es representativa de la obra original y Elena de gracia de Julio Harrenhech, aun cuando en otras es más profundo, como por ejemplo en “Crecencia Distante” y “Es el Tiempo”.

De Oscar Castro se eligen cuatro muestras, ninguna superior a sus “Poemas de la Tierra”, donde se concentra tanto eco de la poesía chilena.

Los antologadeces se embriagaron de entusiasmo frente a la producción colosal de Pablo Neruda, de quien expusen 26 poemas, toda una desproporción que deja a los otros vates en desventaja expositiva. Con la rauda “Mariposa de Oloño” y con algunos pocos fragmentos de “Residencia en la Tierra”, su libro más caóticamente procluido y nocturno, habrá bastado.

Los otros poetas seleccionados son más jóvenes y con una obra todavía en pleno desarrollo. Son Nicomed Parra, Gonzalo Rojas, Miguel Arteche, Enrique Lihn, Alberto Rubio, Efraín Barqueró, Jorge Tellier y Oscar Hahn. De ellos, dos se imponen con poemas definitivos: Gonzalo Rojas con “El Silencio”, y Enrique Lihn con “La Vejez de Narciso”, ambas con bandas connotaciones ontológicas.

De las secciones dedicadas a los poetas españoles e hispanoamericanos se podrían también destacar unos pocos sin que se alterara el natural desequilibrio cualitativo: muchas figuras, pocas fulguras. De ahí que el volumen, que contiene 130 poemas, deje en general una sensación de vacío y una vez más la evidencia de cuanto abunda en los versificadores y cómo escasean los poetas en todos los siglos. En rigor, la gran mayoría de estas poesías, aunque haya sido escrita por esos autores que se denominan clásicos —menos por su obra misma que por una suerte de tradición automatizada— resulta instantánea, monótona, palabrería, sin magia por dentro ni por fuera. Pocas están más viva en sus propios libros, o sarcófagos, que en la memoria de los lectores. El alto prestigio de sus autores ha sido aceptado por obligación o por servidumbre académica y casi siempre en secreta oposición a la sincera preferencia de los auténticos gurises de la poesía, quienes, por lo demás, en ningún tiempo han sido numerosos.

Y pruebas al cano. Véase esta muestra del superfamoso Lope de Vega:

“Qué tengo yo que mi amistad procure?
¿Qué interés se te sigue, Jefe mío,
que a mi puerta, cubierto de rocio,
pasas las noches de invierno obscuras?” (Pág. 26)

Y miren, y si pueden admiren, esta estrella de Jorge Guillén:
“El alma vive al cuerpo,
Se dirige a los ojos
Y chora, ¡Luz! me invade
Todo mi ser. {Asamblea}” (Pág. 59).

Otro rasgo a la vista en esta antología es que la poesía en idioma español, salvo excepciones, es más iniativa que creadora, más rica en palabras que en vida. Es un buen espejo, comparada con la poesía anglosajona que, con su mayor poder imaginativo, es como un crisol que genera casi automáticamente nuevas realidades, una especie de “manantial que no cesa”.

“Antología poética para estudiantes” [artículo] Edmundo Concha.

AUTORÍA

Concha, Edmundo, 1918-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Antología poética para estudiantes" [artículo] Edmundo Concha.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)